

LOS premios literarios sirven—¿por qué no decirlo?—de estímulo y halago a la vanidad del escritor.

El premio Mariano de Cavia, que vincula la casa de Prensa Española al nombre de un gran periodista español, tiene, por su rango intelectual, la independencia de su jurado ignoto y la historia de medio siglo, apatencia singular para quienes escriben con su nombre en los periódicos. Mentiría si dijera que su otorgamiento no me ha producido sincera, íntima, plena satisfacción.

¿Qué es el periodista, el articulista, el que llena las cuartillas que mañana saldrán en las columnas impresas de los diarios? Muchas definiciones se han dado a esta vocación que es también oficio. Síntesis de lo temporal con lo permanente; maridaje del acontecimiento con su contexto; simbiosis del pensamiento con el relato; contar la historia como noticia y hacer de la noticia historia; mezclar la cultura con la observación directa; la filosofía con el suceso; la anécdota con la categoría. Don Gregorio Marañón, en su bellissimo diálogo contradictorio sobre la grandeza y servidumbre de la Prensa, hablaba de ese orgasmo intelectual que, como un vicio, invadía al escritor de periódicos al contemplar a la mañana siguiente lo que horas antes eran resmas de papel emborronado sobre la mesa de redacción o la platina del cajista. Pero también rendía homenaje a la Prensa como testimonio, como espejo multifacético y variopinto de una sociedad, de una época, de un país. Y al escritor, que acaso a despecho de no realizar una obra grande, importante, vertía en la columna periódica el torrente de su ingenio, la belleza de su prosa o las primicias de su talento, aun a sabiendas de la fugacidad implacable del periódico de cada día.

¿Fugacidad? Me pregunto si no hay en esa misteriosa y extendida comunicación reiterada, de periodista a lector, algo de vinculante comunión superior a la del autor de un libro con los que se adentran en sus páginas. Palpita en el ánimo del habitual lector de periódicos una expectante curiosidad por conocer las reacciones próximas del columnista o del editorialista saboreado. Es como una gran masa desconocida que desea saber y cuyo efluvio a veces se percibe intuitivamente. Entonces el periodismo no es fugaz, sino permanente; no acaba mañana, sino que se prolonga en el tiempo; no es un hecho aislado, sino un clima que se cristaliza; no es un episodio, sino un movimiento de opinión. Así nace el periodismo político.

En España, desde Larra, muerto a los veintinueve años pero maestro en tantas cosas, la plana de los periódicos fue balenque de ideas y foro de grandes debates. Los pensadores y escritores de eminente condición dejaron en los periódicos buena parte de su obra. Así Maeztu, así Unamuno, así Ortega, por no citar sino cumbres, convencidos de que el cau-

EL ARTICULISTA

ce de la Prensa era digna y sonora plataforma de sus juicios o criterios. Sin las hemerotecas no se podía hacer una historia del pensamiento político y de su evolución entre nosotros en los últimos cien años. Bien sé que en las décadas recientes ha surgido ese tremendo instrumento de sugestión popular que penetra insidioso en el último rincón de nuestra intimidad y nos trae sonido e imagen de un periodismo nuevo: el televisivo. La pequeña pantalla lo invade todo; condiciona nuestros reflejos; hipnotiza a las familias; nivela publicidad y noticia; entra, como vulgarmente se dice, por los ojos, ajena al grado de alfabetización del auditorio. Recientemente leía yo un sugestivo ensayo norteamericano al respecto. Me llamó la atención este juicio que procede del país por excelencia de la televisión: "Por las cadenas de TV—decía—se logra vender un producto, imponer un candidato; modificar una opinión. Pero, en definitiva, el gesto es más importante que la idea; la imagen predomina sobre el concepto; lo visual y auditivo, sobre lo intelectual. Para encontrar otra vez pensamiento, reflexión y, en resumen, formar un juicio acertado, hay que volver a la letra impresa. Hay que leer los periódicos, los artículos, los editoriales. La televisión, paradójicamente, ha revalorizado la calidad del periódico, lo ha exaltado de nuevo como instrumento del intercambio de las ideas."

Así lo creo yo también. De ahí su importancia. De ahí su trascendencia. Informar a un país es fundamental siempre, si se quiere que el pueblo participe libre y responsablemente en la marcha de su destino. En el mundo en que vivimos es difícil informar bien; quiero decir veraz y desapasionadamente. En la polémica reciente, que he seguido con interés, sobre el tema de la Prensa independiente y en la que la palabra lúcida de Manuel Aznar dijo cosas definitivas, echo de menos una mayor atención a ese aspecto tan fundamental para el hombre actual de saber lo

que pasa, y si es posible por qué. En la vida moderna la información es el primer escalón de la libertad.

Organos ejemplares de la técnica periodística moderna como "Le Monde", en Europa, y el "New York Times" en América, cumplen esa tarea del acarreo informativo de primera mano en términos de tal rapidez y exactitud que causan a veces pasmo y admiración por el esfuerzo y el gasto que supone tal documental alarde. Recónditos e inalcanzables textos del Kremlin o del Vaticano—pongo por ejemplo de reservados ámbitos—aparecen en sus páginas, al detalle y al instante, ajenos a la condición acatólica y anticomunista de ambos órganos.

Sin llegar a tanto, procurar al lector español, horro de noticias mundiales, un panorama veraz de las interconexiones del existir internacional me parece urgente y preciso. La interdependencia, cada día más estrecha, de la comunidad universal nos empuja al conocimiento de lo que hoy es realidad, allende las fronteras, y se planteará en nuestro devenir sociológico, como inevitable en el mañana. Tal es quizás el criterio que ha presidido el tono general de mis artículos en la Prensa diaria, y singularmente en ABC, en cuya preciada tercera página colaboro sin más límites que los de mi propia responsabilidad, sin traba alguna para la libertad de mi decir, sin sugerencia de ninguna clase para el matiz de mis opiniones, con un respeto absoluto, perfecto, total para mi pluma de periodista.

ABC no hace con ello sino seguir una línea de ejemplar tradición. Si recorriéis sus páginas preteritas desde sus comienzos hallaréis la traza de esa liberalidad del periódico para invitar o elegir a sus colaboradores, que son diversos, cambiantes y antagónicos como la vida misma, fluyente por naturaleza salvo, claro es, en el anclado mundo mineral. De mí sé decir que aprendí casi a leer los periódicos en el ejemplar de ABC que con otros diarios traía al hogar mi padre, cotidianamente. En el Bilbao provinciano pero universalista de aquellos años de la primera guerra mundial, mi curiosidad inquieta descubría la rítmica y puntillosa prosa de Azorín, los fulgurantes editoriales de Cuartero, la crítica literaria de "Andreino", entre fotografías de la gran contienda y de Don Alfonso XIII inaugurando exposiciones.

Al cabo de medio siglo el premio no sólo ha cumplido la función de espolear con su galardón al articulista de periódicos, sino que goza también de buena salud. Yo espero que en el año 2020 otro Cavia centenariano congrege en el ABC de entonces el interés lector de nuestros nietos, y que no les parezca nuestro esfuerzo y nuestro propósito de hoy ni tarea vana, ni fuego de artificio, sino contribución efectiva al logro de una España mejor.

José María DE AREILZA